

El traspatio de la organización de mujeres indígenas

Reyna Moguel Viveros⁴

SANTA MARTA ES UNA COMUNIDAD ENCLAVADA EN LA región de los Altos de Chiapas, habitada por 2 mil 500 mujeres y hombres aproximadamente,¹ pertenecientes en su absoluta mayoría al grupo etnolingüístico tsotsil. El poblado cuenta con 5 mil hectáreas de terreno comunal ubicadas en los límites occidentales del municipio de Chenalhó. Sustento, identidad y sentido de pertenencia es lo que encuentran las y los tsotsiles en este territorio.

Después de dos años de diversas incursiones participativas en esta población alteña, los participantes del proyecto de Gestión Comunitaria de Recursos Naturales de ECOSUR decidieron pasar del diagnóstico a la gestión misma de una organización formal. En consecuencia, se promovió un curso sobre figuras jurídicas que impartió el Instituto Nacional de Solidaridad en agosto de 1998.²

Como culminación de este curso, un grupo de 28 comuneros varones del lugar se dio a la tarea de organizarse en una Sociedad Cooperativa de Responsabilidad Limitada, la cual fue formalmente constituida el 28 de septiembre de 1998. Hubo entonces en Sac Lum —paraje de la comunidad—, con 21 de los socios cooperativistas y ocho personas



del equipo ECOSUR, tamalada, refrescos y posh del bueno, para festejar el nacimiento de esta nueva organización, situada en una de las regiones más marginadas de uno de los estados más marginados de México.

Las mujeres marteñas estuvieron ausentes de la firma protocolaria del Acta Constitutiva de la Sociedad Cooperativa de Responsabilidad Limitada, realizada

en una de las aulas de la escuela primaria de Sac Lum, lugar donde el rezago se dejó sentir crudamente, ya que tenía un techo sin repellar con los ductos de plástico para los alambres de la electricidad vacíos y colgantes, paredes pintadas pero con escurrimientos de suciedad que el viento, la tierra y las manos sucias forman, y con huecos que hacen las veces de ventan-

nas. Las niñas, en cambio, aparecieron en el acto protocolario a la hora del recreo como convidadas de piedra, asomadas a hurtadillas por los remedos de ventanas.

Las pequeñas iban, a diferencia de los niños que parecían mestizos desarrapados, todas vestidas con falda azul marino de manta confeccionada en los telares rústicos de Oxchuc; les llegaba a media pierna

⁴ Reyna Moguel es investigadora de la División de Sistemas de Producción Alternativos. Recientemente se ha dedicado al estudio de la transferencia de tecnología como procesos de larga duración en los Altos de Chiapas. Su última publicación como coeditora es *Espacios disputados: transformaciones rurales en Chiapas*.

¹ Dato tomado del Censo de Población Comunitario organizado por el grupo de Gestión Comunitaria de Ecosur en 1996. La cifra está redondeada y se le ha hecho un cálculo prospectivo a la fecha de acuerdo con la tasa de fecundidad que también se pudo calcular con los datos del censo mencionado.

² En él participaron, además de algunos comuneros de Santa Marta, ejidatarios de Xhazil de Quintana Roo, de Siltepec de la Sierra de Motozintla, comuneras de Amatenango del Valle y de Las Ollas (Chamula), con la colaboración de miembros de ECOSUR.

Los hombres sirvieron un caldo de gallina, nos convidaron refrescos y mucho posh. Las mujeres siguieron ausentes. Decían que andaban ocupadas con un entierro. Tuvieron que pasar meses para que algunas de ellas manifestaran la inquietud de organizarse. La idea era convertir su traspatio en una fuente de alimentos e ingresos para su familia.

y su lienzo, sin confección alguna, lo amarraban con cinturones de tela bordados con vistosos colores donde dominaba el rosa mexicano.

Después de cuatro horas de reunión y un receso para comer los tamales untados que los miembros del equipo de ECOSUR habíamos llevado de San Cristóbal de Las Casas, nos invitaron a la casa de uno de los nuevos socios. Los hombres sirvieron un caldo de gallina, nos convidaron refrescos y mucho posh. Las mujeres siguieron ausentes. Decían que andaban ocupadas con un entierro.

Tuvieron que pasar meses para que algunas de ellas manifestaran la inquietud de organizarse. Fue una idea peregrina que surgió al amparo del Programa de Mujeres en el Desarrollo Rural que financia Alianza para el Campo y que llegaría a sus oídos por Rosa Elva Zúñiga López, gestora comunitaria de ECOSUR. Ella les planteó la idea de que mediante estos financiamientos podían convertir su traspatio en una fuente de alimentos e ingresos para su familia.

El grupo de Gestión estaba muy influido por las ideas de algunos mayistas que han estudiado en estas sociedades el enorme valor cultural y social que tiene el solar, el cual es considerado por uno de sus mejores estudiosos como el espacio productivo constituido por la casa habitación y un área adjunta en donde la unidad familiar cultiva plantas, hortalizas, condimentos y cría animales para satisfacer, por medio de sus productos, necesidades de autoconsumo (Barrera, 1980).

También había influencia de las ideas de algunos y algunas investigadores de la línea de Gestión Comunitaria de la unidad Chetumal, encabezados por Erin Estrada Lugo, quienes a partir de los estudios del solar estaban llegando a la conclusión, después de estudiar a una comunidad maya del centro de Quintana Roo llamada Xhazil, de que "...La unidad

familiar o doméstica es la que [...] decide en dónde, cuándo y cómo elaborar las estructuras que conforman los solares y dónde se realizan las diferentes actividades cotidianas (Estrada y otros, 1997)".

Con estas ideas, el grupo de Gestión Comunitaria de San Cristóbal se propuso capacitar a las mujeres para impulsar el mejoramiento del traspatio, de la reproducción de especies de cría y de plántulas para horticultura en Santa Marta. El objetivo era, evidentemente, propiciar la participación de la mujer indígena de zonas marginadas en proyectos de desarrollo. Dados los avances de la investigación sobre el solar en la región maya, se tenía claro que éste es un espacio fundamental para la toma de decisiones en el ámbito de la gestión de los recursos naturales y de las estrategias de reproducción de la unidad familiar, donde la mujer ocupa un lugar central.

Así las cosas, en ese año el Banco Mundial, por medio de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural (SAGAR), echó a andar en Chiapas el Programa de Desarrollo Sustentable en Zonas Marginadas, y eligió a ECOSUR para que realizara el diagnóstico y el diseño del mismo. Ese mismo año la Sociedad Cooperativa de Responsabilidad Limitada de Santa Marta recibió un fondo de inversión en el que se incluía, amén del mejoramiento de los cafetales y del apoyo a la milpa, la producción integral del traspatio.

Las mujeres, entonces, empezaron a asistir a diversos talleres participativos organizados, y durante el transcurso del primer trimestre de 1999 se conformaron como el Grupo de Mujeres de Pajaltoj,³ para que el traspatio fuera recuperado como una fuente de ingresos y de autoabasto importante para elevar la calidad de vida de sus familias. Rosa Elva Zúñiga López gestionó entonces la participación del Centro Estatal de Investigación y Desarrollo de la

3 Las mujeres son de los parajes de Pajaltoj, Sac Lum, Canvinic, Yolonchen, Slumca y Pat Crus. Sin embargo, la mayoría pertenece al primero y de allí el nombre que decidió ponerse el grupo.

Producción Hortifrutícola y Plantaciones Agroindustriales del Estado de Chiapas (CEIDEPACH)⁴ para iniciar una plantación de árboles frutales y llevar a cabo una serie de talleres que permitieran investigar cuál era la función del traspatio en la comunidad de Santa Marta.

En la base de datos que se ha desarrollado en el proyecto de Gestión Comunitaria de Ecosur, está registrado un pasaje de este proceso organizativo de las mujeres que conformaron el Grupo de Pajaltoj y que, por elocuente, bien vale la pena transcribir:

“Una de las primeras preguntas que les hice a las mujeres fue si estaban interesadas en trabajar juntas. Una por una fueron diciendo que sí. Les pregunté que si ya habían pensado quién iba a ser la presidenta, la secretaria y la tesorera. Estaban tremendamente confundidas. María Ruiz Ruiz dijo que a ella sí le gustaría ser la presidenta, pero cuando la iba a apuntar en el rotafolio, llegó su esposo, y al comentarle que iba a quedar como presidenta, José Pérez Pérez —traductor del grupo de Gestión Comunitaria— me comentó en voz baja que el esposo se había puesto ce-

loso y que no le dio permiso. Mientras tanto, otras estaban argumentado que no podían porque no sabían hablar en español; otras porque aunque lo hablaban poco, tenían hijos chiquitos y no los podían dejar; unas porque su marido no les daba permiso. Después de esta acalorada discusión, yo les dije: ‘Bueno, vamos a poner a las mujeres de manera temporal, y si hay alguna salida fuera del paraje veremos quien va’. Fue hasta ese momento que María Hernández Pérez se autoproponió como presidenta; luego le siguieron María Ruiz Ruiz y María Pérez Sántiz como secretaria y tesorera respectivamente.”⁵

Las crudas realidades del trabajo con mujeres indígenas en zonas marginadas están a flor de letra del párrafo anterior. Allí se hace patente el papel de la promotora, evidentemente inductivo y, por momentos, autoritario; la única justificación que podemos darle para que obligara a las mujeres a *organizarse* formalmente es que el programa de Alianza para el Campo condicionaba su apoyo a que las participantes tuvieran personalidad legal. También se muestra la efectiva y necesaria intermediación

El solar es un espacio fundamental para la toma de decisiones en el ámbito de la gestión de los recursos naturales y de las estrategias de reproducción de la unidad familiar, donde la mujer ocupa un lugar central.

4 A la letra transcribo un fragmento del diario de campo de Rosa Elva Zúñiga que describe el taller con los técnicos de CEIDEPACH: “El día de hoy se realizó un curso taller con las esposas de los socios de la cooperativa de productores agropecuarios, impartido por personal del CEIDEPACH. El curso taller es para que las mujeres aprendan a sembrar los frutales en su traspatio. Ellas vienen de los parajes de Sac Lum, Pajaltoj, Canvinic, Yolonchen, Slumca y Pat Crus. La reunión se realizó en la casa de Santos Ruiz, que se localiza en el paraje de Sac Lum cerca de la escuela primaria. Al llegar a la casa de Santos, las mujeres ya nos estaban esperando. Les pedí que pasaran a la casa, y les digo que en esta ocasión dos técnicos del CEIDEPACH les van a enseñar cómo sembrar los árboles frutales en su sitio. Les digo que tenemos que elegir un solar para sembrar 10 árboles frutales, el cual no debe tener frutales. Las mujeres coinciden en que se realice la prueba en el sitio de doña Dolores. Como ya está elegido el terreno en donde se van a sembrar los frutales, les pido a las mujeres que vayan a la camioneta en la que llegamos porque les vamos a repartir los frutales que a cada mujer le tocan. Así, empezamos a repartir los mangos para cada una, y los naranjos, los limones, los aguacates, las frambuesas se dejan para el solar que va a servir como muestra. Entonces nos dirigimos caminando al sitio de doña Dolores, el cual se localiza a la orilla de la carretera. Ella señala el lado este de su sitio en donde tiene sembrados frijol y maíz. Los técnicos les explican a las mujeres cómo se debe hacer la siembra: se abre un hoyo de 40 por 40 cm. La planta debe ir en medio, y se le debe ir echando la tierra y apisonarla un poco para que se salga el aire, con esto lo que se hace es evitar que las raíces se pudran. Cuando ya se terminó de echar toda la tierra, se limpia el terreno alrededor de la planta.” Acta del día 6 de junio de 1999 en Santa Marta, Chenalhó.

5 Reunión del Grupo de Mujeres de Pajaltoj relatada en el diario de campo de Rosa Elva Zúñiga López con fecha 6 de julio de 1999.

del traductor para poner en evidencia el margen de decisión tan limitado que tienen las mujeres frente a sus esposos; y casi podemos tocar las descarnadas razones de género que impiden que ellas se sientan libres y capaces de organizarse por sí mismas: sus altas tasas de fecundidad que hacen que las jóvenes tengan varios hijos pequeños, y su monolingüismo.

Sin embargo, justamente en relación con el traspatio, al cual los y las tsotsiles de Santa Marta llaman *Pat xo cona*, ellas tienen un acervo de conocimientos que bien podrían aprovechar para recrear este espacio y desarrollar su capacidad de decisión como lo han demostrado sus congéneres mayas de Yucatán, Campeche y Quintana Roo. En una ocasión ellas se dieron a la tarea de dibujar su *Pat xo cona* (en medio de carcajadas contagiosas por sus propios dibujos y los de sus compañeras) y llegaron a la conclusión, en boca de María Hernández Hernández, de que gracias a sus dibujos habían aprendido a organizarse, a pedir las cosas: "Aprendimos a reunirnos, a escribir, hicimos dibujos, aprendimos qué cosas hay que comer y lo que comemos".⁶

Nueve meses después, en otro taller participativo realizado por Ilaria Faccioli Brunner (tesista del equipo de Gestión Comunitaria) se encontró que las mujeres, en efecto, tenían un conocimiento muy vasto sobre la producción de gallinas de traspatio; podían reconocer 10 tipos diferentes de acuerdo con sus condiciones productivas y ciclos de vida y también sabían diagnosticar y curar cinco clases de enfermedades que padecen estos animales.

A pesar de la riqueza de conocimiento que expresaban al realizar esta clasificación de gallinas y sus enfermedades, el equipo de Gestión tenía claro que las 19 mujeres que habían estado participando en los talleres y en las actividades de traspatio en su mayoría eran monolingües y que todas eran analfabetas. En una ocasión, se esbozó junto con ellas la posibilidad de darles cursos de alfabetización que les permitieran, una vez que llegaran los fondos del programa, manejar sus cuentas, hacer sus trámites y solicitar directamente los recursos correspondientes. Sin embargo, debido a la lentitud y burocracia con la que se pueden obtener fondos del Programa de Desarrollo Sustentable para Zonas Marginadas de

SAGAR-Banco Mundial y las múltiples actividades domésticas que desempeñan las mujeres, su alfabetización es todavía una quimérica idea.

Queda en las posibilidades que ofrece el proyecto de Gestión, la capacitación para la transferencia de tecnologías alternativas. Y frente a esta posibilidad de trabajo comunitario participativo, las lecciones con el Grupo de Mujeres de Pajaltoj han obligado al equipo de Gestión Comunitaria a ponderar e investigar aspectos fundamentales del desarrollo. Se hizo evidente que el trabajo con mujeres monolingües y analfabetas requiere ingentemente *un nuevo paradigma educativo* que esté atravesado por el enfoque de género y la creación de un nuevo campo simbólico que permita una comunicación para construir un conocimiento compartido entre las y los investigadores y las mujeres indígenas.

Tal paradigma se tiene que construir sobre la base de investigaciones que en el centro de la organización pongan las relaciones parentales, porque en ellas se definen los mecanismos de decisión que afectan, sobre todo, el manejo de los recursos naturales. Por último, el modelo tiene que ubicar y desarrollar espacios para que se pueda generar y transmitir bidireccionalmente conocimiento entre dos partes que durante este proceso se construyen como sujetos.

En este largo y sinuoso camino están los investigadores de ECOSUR y las mujeres tsotsiles de Santa Marta, dibujando, indagando y repensando a su *Pat xo cona* como un espacio donde podrían recrear su autonomía como sujetos si se construyera a la manera de una fuente de desarrollo local. ©

Obras consultadas:

- Barrera, A., "Sobre la unidad de habitación tradicional campesina y el manejo de recursos bióticos en el área maya yucatanense", en *Biótica* 5, pp. 115-128, 1980.
- Estrada Lugo y otros, *Dimensiones de la etnobotánica: el solar maya como espacio social*, ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Etnobotánica, 1997.
- Base de datos del proyecto Gestión Comunitaria de los Recursos Naturales de la División de Sistemas de Producción Alternativos.

6 Taller rural participativo organizado por Rosa Elva Zúñiga López y José Pérez Pérez, realizado en Pajaltoj el 5 de mayo de 1999.